

parecía imposible hubiera un hombre político que osara provocar á la mayoría; y como por otra parte ningun príncipe de la casa de Hannover habia en las crisis precedentes apelado del cuerpo representativo al constituyente, á pesar de las muestras repetidas de disgusto que daba el Rey á los secretarios del despacho, á pesar de su eterno descontento en el Consejo, y á pesar del clamor que se levantaba en todo el reino contra ellos, se creían perfectamente seguros en sus puestos.

Y tan fuertes é invulnerables se imaginaban, que no bien se hubo reunido el Parlamento le sometieron un proyecto singularmente atrevido y original relativo á la organizacion administrativa de la India, proponiendo en él que la autoridad ejercida en su dilatado territorio por la Compañía, se transfiriese á siete comisarios nombrados por las Cámaras y á quienes no pudiera separar la Corona. El conde Fitzwilliam, amigo íntimo de Fox, debía ser presidente de aquella junta, y el hijo mayor de North individuo de ella.

No bien fueron conocidos los artículos del proyecto, estallaron los odios producidos por la coalicion con violencia extraordinaria. Hubiérase debido, sin duda, discutir ántes que ninguna otra cosa la influencia que las novedades propuestas pudieran tener en la suerte de treinta millones de hombres sometidos á la Compañía de las Indias en aquel entonces; mas no se tocó este punto en la forma oportuna, y Burke, acertada ó equivocadamente, fué de todos cuantos terciaron en la discusion el único que supo colocarse, al llegar á las conclusiones finales, en el verdadero terreno del debate, recordando, pero en vano, á su auditorio, que la subsistencia de un pueblo inmenso se hallaba en aquellos

instantes pendiente de los votos del Parlamento. Y recurriendo luégo al arsenal de sus ideas y de su elocuencia, trazó de mano maestra el cuadro de la miseria de Rohilconde, del saqueo de Benares y de la mala política que habia dejado arruinarse los depósitos de aguas de Carnate; mas todo fué inútil, porque los partidos contendientes, dicho sea para su afrenta, no atendieron sino á lo que importaba de un modo directo á la política inglesa. Fuera de las Cámaras, la nacion estaba unánime, y así las ciudades como las aldeas, así las grandes como las pequeñas corporaciones, todos á una voz protestaban de la fuerza que se intentaba por el Gobierno á los estatutos de la Compañía de las Indias, conviniendo *tortes* y demócratas en que nada sería más inconstitucional que la nueva organizacion proyectada. Por otra parte, como los individuos del gobierno indostánico deberian al tenor de la ley ser designados por Fox, la consecuencia más inmediata del *bill* sería revestir á Fox personalmente, ya estuviera en el Gabinete ó en la oposicion, y en ningun caso á la Corona, de un poder inmenso, desmesurado, tan grande, que fuera eficaz por sí solo á contrabalancear la influencia de la Tesorería y del Almirantazgo, quedando por árbitro y dueño de cincuenta distritos electorales; máquina, decían las gentes, ideada de Fox para declararse independiente del pueblo y del Rey, toda vez que de ambos era por igual modo aborrecido. Con esto lo llamaban los unos *Cromwell* y los otros *Carlo-Khan*, y Wilberforce decia, describiendo el proyecto en lenguaje desusado en él por lo acerbo, que lo declaraba hijo legítimo de la coalicion, pues le hallaba los vicios y la violencia propios de sus autores. Sin embargo, á despecho de la oposi-

cion, como el *bill* estuviera sostenido de imponente mayoría, pasó y fué á la Cámara de los Lores, donde á la segunda lectura pidió la oposicion un aplazamiento que fué votado por 87 pares contra 79; inesperado suceso que produjo sorpresa universal. Poco tardó en saberse la causa del fracaso. El conde de Temple, primo de Pitt, habia celebrado una conferencia con el Rey y autorizádolo S. M. para manifestar á los lores que consideraria por enemigos personales suyos á cuantos votaran el *bill*.

Apénas quedó cumplido el indigno encargo, la falange de los palaciegos, de los obispos pretendientes de sedes lucrativas y de los lores de Escocia, que temian no ser reelegidos, mudaron de parecer y volvieron la espalda al Gobierno. Algunos dias despues la Cámara alta desechó el *bill*, viéndose Fox y North en la necesidad de retirarse, instados á ello por el Rey, quien les mandó enviar á Palacio sus carteras por mano de los respectivos subsecretarios, y Pitt fué nombrado primer lord de la Tesorería y canciller de Hacienda.

Creíase generalmente que sería disuelta la Cámara de los Comunes; pero Pitt adoptó la discreta determinacion de dar tiempo al espíritu público para rehacerse; y como su primo lord Temple no abundaba en estas ideas, presentó la dimision del cargo de secretario de Estado á las cuarenta y ocho horas de su nombramiento, librando tambien por este medio al nuevo ministro del peso de su impopularidad, pues todos los hombres honrados, por más aversion que tuvieran al *bill* de la India, condenaban los medios á virtud de los cuales lo hizo fracasar el Rey; escándalo parlamentario cuya responsabilidad cayó íntegramente sobre Temple, y que al retirarse llevó consigo con gran contento de

los amigos de Pitt, que así pudo conservar la integridad de su pureza política, y decir con verdad que si acaso hubo maquinaciones anticonstitucionales, ninguna parte tomó en ellas.

No por eso se hallaba libre de peligros y dificultades. Porque aun cuando contaba con la mayoría de la Cámara de los Lores, y ningun orador de la oposicion podia luchar en elocuencia con Thurlow, reintegrado en el cargo de lord-canciller, ni con Camden, cariñoso defensor en ella del hijo de su antiguo amigo Chatham, en la Cámara de los Comunes ningun orador eminente figuraba en los bancos ministeriales, siendo Dundas el auxiliar más eficaz de Pitt, no por la elocuencia, sino por el saber, la inteligencia, el aplomo y sus tan inesperados como felices arranques, miéntras en los bancos opuestos rodeaba importante fraccion á Fox, auxiliado de lord North, de Sheridan y de Burke, y esto bastaba por sí solo para llenarlo de inquietud. La noche que siguió á la renuncia de Temple no pudo cerrar los ojos; mas no fueron parte sus emociones á mermar su esfuerzo indomable y su profunda confianza en sí mismo, ni á despojar su elocuencia y su ingenio de carácter. Empeñada la lucha en la Cámara de los Comunes, duró desde el 17 de Diciembre de 1783 hasta el mes de Marzo siguiente, siendo derrotado por la oposicion diez y seis veces. Con esto aconsejaban todos al Rey que se desprendiera de los ministros, y de Pitt en particular; mas si aquél ántes se mostraba resuelto á retirarse á los Estados de Alemania que á ceder, éste no vaciló un sólo punto. Al cabo, la nacion se declaró en favor suyo con entusiasmo desahogado y nunca visto; cada dia llegaban á sus manos largas exposiciones de todas las provincias del reino felicitándolo y estimulándolo

á perseverar en su conducta, y dándole, además, repetidas muestras del afecto popular; la *City* de Londres expidió á su favor cédula de burguesía, la cual, cerrada en lujosa caja de oro, fué á recoger con gran pompa el agraciado; le obsequiaron con un banquete suntuoso en la sala de los mercaderes, y las tiendas del Strand y de Fleet-street lucieron vistosas luminarias en su honra. Y como estas demostraciones públicas tenían forzosamente que surtir efecto en la Cámara de los Comunes, la mayoría comenzó á quebrantarse y desunirse, pasando al enemigo algunos de sus individuos, adoptando no pocos actitud expectante y prevenida para imitar la conducta de los otros encubiertamente, siendo los más de parecer que debía capitularse mientras fuera posible hacerlo con los honores de guerra, y entablándose negociaciones al efecto de constituir un Gabinete sobre anchas bases. Empero los tratos acabaron en el punto mismo de comenzar, porque la oposición asentaba como preliminares del tratado que William Pitt abandonase la Tesorería, exigencia en que no venía la primera de las partes contratantes.

En lo más empeñado de la lucha quedó vacante la plaza de oficial de los Pergaminos (1), destino dotado con tres mil libras de sueldo al año, que se consideraba como uno de los muchos emolumentos del canciller de Hacienda, y que podía ser ejercido

(1) *The clerkship of the pells* es la denominación de este cargo, así llamado porque quien lo ejerce ó parece ejercerlo en el departamento de Hacienda, lleva un libro en pergamino, en el que sienta las cantidades recibidas (*pellis acceptorum*) y las desembolsadas (*pellis exituum*). *Pell* es la traducción inglesa de la palabra latina *pellis*; pero no se usa sino en esta locución.

por individuos de la Cámara popular. Correspondía el nombramiento del empleo al canciller (1), y á nadie se ocurrió pensar que, pudiendo aplicárselo á sí propio, no lo hiciese, con tanta más razón, cuanto que sobre ser legal este proceder y hallarse autorizado de precedentes, se reputaba el cargo, por la misma circunstancia de ser vitalicio, á título de pensión, como tantos otros oficios análogos existentes en Inglaterra, con la cual se asegura la subsistencia y el rango de personajes distinguidos y pobres de haber, para evitar que despues de haber ocupado puestos elevados en la política, tengan que renunciar á ella y consagrarse al ejercicio de otras profesiones. William Pitt, entónces, á pesar de las observaciones de sus amigos, dió el oficio á Barré, devotísimo parcial de su padre, hombre de talento, dotado de elocuencia, y pobre á la sazón y ciego. Merced á este arreglo se suprimió la pensión que se habia concedido en tiempo de lord Rockingham á tan benemérito militar y ciudadano; mas no fué la economía producida en el Tesoro con el acuerdo de Pitt lo que mejor pareció al público, sino su desinterés. Porque si es lícito y natural que los hombres aprecien de muy diverso modo los tratados, las empresas militares, las expediciones lejanas, las tarifas y presupuestos, y que aquello que aplaudan unos sea censurado de otros, el desinterés pecuniarío es materia que todos comprenden y aprecian igualmente. Al proceder del modo expresado, Pitt no tenía más renta que siete mil y quinientas pesetas, y despreciando setenta y cinco mil anuales por

(1) Conviene tener presente para la mejor inteligencia del texto que William Pitt era primer lord de la Tesorería y canciller de Hacienda.—N. del T.

la vida, demostró que todo era nada para él en comparacion del bien público y del aprecio de sus conciudadanos; subiendo con esto de punto su popularidad y prestigio de tal modo, y asentándose sobre base tan sólida, que, á pesar de los libelos sangrientos que se publicaban contra él, y á pesar de sus deudas cada dia más crecientes, cuando pasaban millones por sus manos, cuando los magnates de Inglaterra solicitaban su gracia para obtener marquesados y condecoraciones, ni sus mayores enemigos se atrevieron á decir que se había manchado al contacto de dinero mal adquirido.

Al cabo terminó aquella penosa lucha con un voto de censura propuesto á la Cámara por Burke, y formulado de admirable manera; pero que sólo tuvo un sufragio de mayoría (el 6 de Marzo) en Congreso pleno. Si se hubiera planteado de nuevo la cuestion, es probable que la coalicion habria quedado en minoría; mas no llegó ese caso, pues como se habian discutido y votado los presupuestos y prosperado el *bill* sobre la insurreccion, la Corona disolvió el Parlamento sin más tardanza.

Los electores se mostraron generalmente decididos á favor del Gobierno. Ciento sesenta partidarios de la coalicion quedaron derrotados; el primer lord de la Tesorería fué votado por la universidad de Cambridge, y su amigo Wilberforce venció en el gran condado de York, á pesar de toda la influencia de los Fitzwilliam, de los Cavendish, de los Dundas y Saville. Cuando se hallaba Pitt en el apogeo de sus triunfos, cumplió veinticinco años, siendo á la sazón el *vasallo* más poderoso que hubiera conocido la Inglaterra desde hacia muchas generaciones, pues así dominaba con imperio absoluto en el Gabinete, como era favorito del Parlamento, del monarca y

del pueblo, y ni su padre en la ocasion de su mayor grandeza, ni Walpole, ni Marlborough alcanzaron más valimiento y fama.

Llegamos con esto á una época á partir de la cual la historia completa de Pitt es la historia de Inglaterra, ó, mejor dicho, la historia del mundo civilizado, y debemos, por tanto, limitarnos, ya que no consiente otra cosa el espacio de que disponemos, á trazar un bosquejo de ella, mas de tal suerte que sirva para poner de relieve aquellos hechos merced á los cuales pueda el lector, aun siendo poco versado en la historia general, formar juicio exacto del carácter del hombre cuya influencia fué tan poderosa en los acontecimientos.

Para formarnos una idea exacta de las cualidades y defectos de Pitt, hemos de comenzar por tener en cuenta que perteneció á una clase determinada de hombres políticos, y que ha de juzgársele con arreglo á determinado procedimiento, no siendo posible compararlo con imparcialidad á hombres tales como Cisneros, Sully, Richelieu, Oxenstiern, Juan de Witt y Warren Hastings, porque todos estos políticos gobernaron grandes imperios merced á otros medios que los empleados necesariamente por él. Y del propio modo que ninguno de estos hombres tuvo nunca ocasion de manifestar si poseia ciertas aptitudes y talentos que adquirieron en William Pitt extraordinario desarrollo, él se mostró por extremo inferior á ellos en muchas cualidades á las cuales debieron gran parte de su fama. Los varones ilustres á quienes hemos hecho referencia, trataron siempre de los negocios en el silencio y sosiego del Gabinete, alrededor de la mesa del consejo donde tenian asiento algunos pocos compañeros; mas no así Pitt, á quien el destino hizo nacer en un siglo y

en un pueblo en los cuales se hallaba perfectamente organizado el gobierno parlamentario, y cuya educación fué dirigida desde la más tierna infancia de tal modo que lo hiciera propio, andando el tiempo, á representar su papel en el juego de las instituciones patrias. Y como, además, desde su edad madura hasta su muerte las facultades de su poderosa inteligencia vivieron, en el continuado ejercicio de la práctica del gobierno parlamentario, logró ser en este arte consumado y profundo maestro, más que otro alguno, más que Montague y Walpole, más que su padre lord Chatham, más que Fox, su rival, y más que Canning y sir Roberto Peel, sus ilustres sucesores.

Lo propio que todas las invenciones humanas, la del gobierno parlamentario tiene inconvenientes y ventajas. No es necesario poner estas últimas de relieve, pues la prueba de la excelencia de las instituciones de Inglaterra se halla en la historia de los ciento setenta años que van trascurridos desde que la Cámara de los Comunes constituye la corporación más poderosa del Estado; y su prosperidad inmensa y creciente, su seguridad, su libertad, su grandeza militar, su ascendiente marítimo, sus progresos en las ciencias y en las artes, los portentos de su crédito público, sus colonias de América, de Africa y de Australia, y su imperio de las Indias, lo prueban de una manera suficiente. Pero estas instituciones, por buenas que sean, no son perfectas; porque los gobiernos parlamentarios, lo son de oradores, y en ellos el don de la palabra es la cualidad más apreciable de cuantas pueda poseer un hombre de Estado; y como esta su cualidad se halla hasta en grado sublime atesorada por personas que carecen de buen juicio, de valor, de sagacidad para penetrar el

corazon humano, de conocimiento de los negocios, de criterio para juzgar los sucesos, de nociones siquiera elementales de los principios de la legislación ó de la economía política, de los conocimientos que forman el administrador ó el diplomático, y, lo que aún es más, como puede muy bien acontecer que estas mismas cualidades y dones de la inteligencia, que tanta seducción prestan á los discursos de los hombres públicos, sean á las veces incompatibles con las cualidades que reclamaria de ellos un caso urgente, por ejemplo, ó una situación difícil para resolver la cual fuese indispensable rapidez y firmeza, de aquí que habrán de pesar siempre más en ellos oradores consumados á la manera de Carlos Townshend y de Windham, á quienes se oye con placer creciente, aún sabiendo que les faltan todas las condiciones necesarias al gobierno propiamente dicho, que no verdaderos hombres de Estado que las posean todas y á los cuales falte la elocuencia, siquiera sean estos hombres al modo de Oliver Cromwell, que hablaba mal, y de Guillermo el Taciturno, que no hablaba. En los gobiernos parlamentarios, serán siempre las dotes parlamentarias, por más que difieran de las que debe reunir un buen funcionario administrativo, la mejor ejecutoria para merecer y ocupar los cargos públicos. Fácil sería formar una lista, en apoyo de lo que decimos, tomada de los registros en que se inscriben los nombres de los individuos que han llegado á los primeros empleos y dignidades, y demostrar con ella que han sido muchos los cancilleres ignorantes hasta de los principios de la equidad; los primeros lores del Almirantazgo, ignorantes hasta de los principios más elementales de la náutica; los ministros de las Colonias, ignorantes hasta de los nom-

bres más principales de las posesiones ultramarinas; los lores de la Tesorería, ignorantes hasta de la diferencia que existe entre la deuda consolidada y la flotante, y los secretarios del departamento de las Indias, ignorantes de cuya sea la religion de los Mahratas.

Considerando bajo este aspecto á los gobiernos parlamentarios, muchas personas de esas que no pueden ver y examinar las dos fases de una cuestion, los han declarado por funestos, y de una en otra conclusion sostenido que los negocios del Estado se administrarian mejor ciertamente por un solo individuo, que no por asambleas numerosas. Pero los hombres discretos comprenderán sin esfuerzo que peor es el remedio que la enfermedad en este caso, y que nada ganarian trocando, por ejemplo, á Carlos Townshend y Windham por el príncipe de la Paz, ó por aquel favorito á quien Jacobo I llamaba en términos familiares su *esclavo* ó su *perro Steenie* (1).

Pitt era por esencia el hombre del gobierno parlamentario, el tipo de la especie, favorito y niño mimado de la Cámara de los Comunes, por la cual, á su vez, sentía hereditario y filial afecto. Durante su adolescencia, puédesse decir que fué la Cámara de los Comunes la señora de sus pensamientos, y así mismo de sus maestros, y que cuando recitaba sus lecciones sentado en las rodillas de su padre, cuando traducía á Marco Tulio y á Tucídides, lo mismo que cuando analizaba las arengas de Demóstenes, aprendía para la Cámara. A los veintin años brillaba por su elocuencia en la Representacion popular, y las dotes que demostró en ella lo elevaron ántes

(1) El duque de Buckingham.—N. del T.

de que hubiera cumplido veinticinco al punto de ser el *vasallo* más poderoso de la Europa. Bueno hubiera sido sin duda ninguna para él y para su patria que su encumbramiento se aplazara diez años todavía y que los hubiese invertido en aprender, meditar, viajar, ver mundo y entablar comercio de ideas con sus iguales, pues habria por tal modo acumulado la suma de saber de que áun estaba menesterosa su grande inteligencia sin culpa suya, toda vez que poseia cuantos conocimientos era posible hallar en él, es decir, cuantos puede adquirir un hombre que pasa de la Universidad de Cambridge á ejercer el cargo de primer lord de la Tesorería. Los cuales, con ser muchos, extensos, profundos y extraordinarios para un jóven de su edad, valian poco puestos en comparacion con los de Fox, y ménos con el prodigioso caudal de brillantes y dilatados y concienzudos conocimientos que poseia la inteligencia inmensa de Burke. Cuando Pitt hubo llegado al poder, ya no tuvo vagar para más estudios que los de aquellos negocios que se hallaban pendientes de discusion ó puestos al despacho cada dia, y esto no era difícil á un hombre de claro talento á quien rodeaban funcionarios hábiles y expertos, á cuya ilustracion podia recurrir en todo momento, y merced á la cual y á sus informes orales recoger rápidamente cuantos datos y noticias fueran necesarios en los debates parlamentarios. Con esto le bastaba; que la legislacion y la administracion eran cosas secundarias para él, como que la contextura de los artículos de una ley nueva, la negociacion de los tratados, la organizacion de los ejércitos de mar y tierra, las expediciones militares no le absorbían sino el tiempo sobrante y la parte superflua, por decirlo así, de sus facultades, consagrandolo más

esencial de ellas, la savia toda de sus poderosas facultades á convencer y persuadir á la Cámara de los Comunes.

Para juzgar de la elocuencia incomparable de Pitt, ó mejor dicho, para formarnos idea de ella, hemos de recurrir y de darnos por satisfechos con lo que nos ha legado la tradicion, porque de cuantos oradores han existido el siglo pasado, él es, sin duda ninguna, quien más podria quejarse y con mejor derecho de la manera cómo los redactores de periódicos reprodujeron sus discursos. Ni tampoco esto puede atribuirse á malicia de su parte ni á torpeza, puesto que los criticos contemporáneos observaron cuán difícil era, si no imposible, apoderarse de su palabra; y para darse cuenta de su oratoria, no habia más medio sino es oirlo, como que le aplicaron con insistencia la frase de que se sirvió Tácito para describir el destino de un senador cuya retórica se admiraba en el siglo de Augusto: *Haterii canorum illud et profluens cum ipso simul extinctum est*. No obstante, aún quedan abundantes muestras de que la naturaleza proveyó á Pitt pródigamente de los talentos propios del orador, y de que adquirieron maravilloso desarrollo, merced á la educacion que recibió y á la elevada posicion social que ocupó muy luego y en la que pasó la mayor parte de su vida pública.

Desde la primera vez que habló en la Cámara de los Comunes, Pitt se mostró superior á todos sus contemporáneos por la facilidad de su palabra, pues podia improvisar una serie de períodos redondos y majestuosos sin pararse á buscar una sola expresion ni repetirla, con voz clara y pronunciacion correcta y sonora. Habia más grandeza en las ideas de Burke y galas más espléndidas; más habilidad en

Windham; en Sheridan más ingenio, y más destreza en la dialéctica de Fox y más elocuencia tambien, de esa elocuencia que consiste en partes iguales de razon y de pasion mezcladas y confundidas; pero al decir de cuantos tuvieron la dicha de oir habitualmente tan grandes oradores, Pitt fué superior á Burke, á Windham, á Sheridan, y no inferior á Fox. Su declamacion era exuberante, magnifica y grandiosa; ningun tribuno antiguo ni moderno le aventajó nunca en la fuerza de los sarcasmos, arma terrible de la cual hacia uso contra sus adversarios de una manera despiadada, y además reunió en grado superior las dos cualidades de la oratoria que tan útiles son á los hombres de Estado, porque nadie acertó como él á ser claro y nebuloso en la medida de la necesidad. Cuando queria ser comprendido, siempre lo alcanzaba, importando poco al efecto que la materia fuese de suyo complexa y oscura, pues presentaba el asunto con admirable lucidez, ya que no siempre de un modo exacto y concienzudo: cada cosa se ofrecia colocada en el lugar correspondiente: detalles prolijos, fechas, cifras, nada quedaba en olvido, y los más difíciles é intrincados problemas económicos expuestos por Pitt se antojaban demostraciones evidentes á las inteligencias vulgares. En cambio, cuando no queria ser explicito—y qué hombre de Estado, hallándose al frente de los negocios, quiere serlo siempre?—poseia la facultad maravillosa de no decir nada en un lenguaje que parecia decir demasiado. Al propio tiempo era el único que pudiera discutir un presupuesto sin valerse de notas, y el único asimismo que, como decia Windham, pudiera sin preparacion pronunciar la más evasiva é insignificante de las oraciones... á saber: un discurso de la Corona.